

Las limitaciones se deben a los "gustos personales"; lo grave es la cuantía de algunos excluidos, entre los que, tímidamente, apuntamos a Pierre Emmanuel, autor del maravilloso *Tombeau d'Orphée* (1941); a Jacques Prevert, a Claudel, a Saint-John Perse, a Vachel Lindsay y a Pavese, a la Mistral, a Borges y a Huidobro.

ALFONSO CALDERÓN

<https://doi.org/10.29393/At410-141HEAC10141>

*Mi hermano Ernest Hemingway*, de LEICESTER HEMINGWAY (Plaza & Janés), Barcelona, 1962. 369 p.

Un personaje fabuloso desbordante, mítico, herido, victorioso, débil, derrotado —en la vida real—, pero contenido, enemigo mortal de lo superfluo, implacable en sus síntesis, creador de un lenguaje literario, Ernest Hemingway, retorna ahora en el libro *Mi hermano Ernest Hemingway*, de Leicester Hemingway.

Una infancia en que se mezclan la música y el canto —por imposición materna— y el amor a los espacios, la búsqueda del aire y un acentuado ejercicio del desborde físico y la violencia, mediante la pesca, las cacerías, las excursiones. Toda una experiencia infantil plena, que se verá expresada literariamente en la piel de Nick Adams, una especie de Tom Sawyer, creado por Hemingway en la colección de relatos, *En nuestro tiempo* (París, 1924) asoma revelada desde adentro por el compañero de correrías, su hermano.

El mundo se va paulatinamente enriqueciendo sobre una suma de experiencias: labrador, peón, lavaplatos, pugilista, jugador de fútbol, nadador, alumno de la escuela secundaria de Oak Park. Cuando Estados Unidos ingresa a la lucha de la Primera Guerra Mundial, Hemingway pretende ser aceptado en el ejército, pero se le rechaza porque su vista no era lo suficientemente buena. Consigue entonces un empleo en un diario, el "Star", de Kansas City. Parece evidente que el lema del diario le sirve en el desarrollo de su estilo: Use frases cortas. Use párrafos cortos. Use un inglés vigoroso. Sea positivo y no negativo".

En 1918 logra incorporarse a la lucha, como chofer de ambulancia (teniente, según otros), y es designado al sector italiano del Piave, "donde había más acción". Una granada de mortero estalla cerca de él, ve morir a uno de sus compañeros y perder las piernas a otro. Veinte trozos de metralla dieron en su cuerpo (237, según el mito más conocido). El intento de descripción de esta experiencia es múltiple en su obra (en *Adiós a las armas* y particularmente en *Al otro lado del río y entre los árboles*, donde cuenta, incluso, un acto liberatorio que realizó en el mismo lugar en donde fue herido). Va a dar a un hospital militar, próximo a Milán, se enamora de Agnes H. von Kurowsky, quien, como personaje literario, dará fisonomía a la Catherine Barkley, del libro *Adiós a las armas*.

Hemingway, con su primera esposa (luego vendrían otras tres), viaja por un acuerdo del *Toronto Star* a Europa. Provisto de unas cartas de Sherwood Anderson (cuyo lenguaje narrativo parodiaría en *Torrentes de primavera*)

busca contacto con Sylvia Beach, dueña de la librería *Shakespeare and Company*, editora de James Joyce; con Gertrude Stein, de quien diría, como réplica, las cosas más violentas, aunque haya reconocido su deuda para con ella; con Ezra Pound.

Cuando en 1926 publica *El sol también sale*, su personaje Jace Barnes se convierte en el símbolo de la "generación perdida". El ambiente y la vida de ese tiempo, los personajes y los sucesos en que participan se hallan magníficamente retratados en un libro póstumo de Hemingway, *París es una fiesta* (Seix Barral, 1965).

Poco antes de la depresión de 1929 (Hemingway había regresado a Estados Unidos), descubre un ángulo maravilloso de la vida: el deporte de pesca frente a la costa cubana. Tenía como consejero a Joe Russell, quien había realizado, durante muchos años, viajes desde Cuba a los Cayos, trasladando cargamentos no siempre individualizados. Este personaje le servirá de modelo para el Harry Morgan de *Tener y no tener*.

Viene luego un *safari* africano, cuya notación literaria se advierte en el relato *Las nieves del Kilimanjaro*, en *La corta vida feliz de Francis Macomber* y en su novela de caza mayor *Las verdes colinas de África*.

Nuevo periplo cubano, contado desde la intimidad por Leicester: pesca, bebida y la música de *Stormy Weather*, a bordo de su barco *Pilar*.

Al comenzar la guerra civil española, en 1936, Hemingway muestra simpatías por los republicanos. De ellas brotará una película documental, que fue exhibida ante el Presidente Roosevelt, para conseguir ayuda económica: *Tierra de España*, dirigida por Joris Ivens, escrita y narrada por Hemingway. Desde los frentes envía despachos de guerra (muchos de los cuales se reprodujeron en el diario chileno *La Hora*).

Vuelve a La Habana y, en el *Pilar* y en el Hotel Ambos Mundos, comienza a escribir *Por quién doblan las campanas*. La idea de la solidaridad empezaba a mostrar su contorno en la narrativa de Hemingway.

La Segunda Guerra Mundial permitió el desarrollo de la "leyenda Hemingway". Fue dado por muerto en mayo de 1944 (un diario contó que su deceso se había producido durante un oscurecimiento por alarma aérea, en Londres), pero la máxima hazaña habría sido la denominada "Operación Hemingway", contada así por el periodista John Grover:

"...comenzaron a llegar informes acerca de un norteamericano barbudo e indómito, que estaba alborotando a la cabeza de una fuerza de maquis franceses, sesenta millas detrás de las líneas alemanas.

Era "Papá" desarrollando su propia guerra.

Los "Irregulares de Hemingway" eran aproximadamente doscientos guerrilleros, que componían un grupo audaz y fiero. Hay informes, quizás apócrifos, de que Hemingway formó parte de los tribunales establecidos por los maquis para juzgar a los que colaboraron con los alemanes...

El problema principal de la "Operación Hemingway" era mantener al comandante suficientemente provisto de coñac. Hemingway es conocido como

uno de los mejores bebedores a dos manos y estilo libre, de modo que se requerían damajuanas de cinco galones para mantener su comando funcionando debidamente”.

Después de la victoria aliada, Hemingway escribe su novela más discutida: *Al otro lado del río y entre los árboles*. El héroe es un coronel norteamericano de 51 años, que recuerda su vida. Amores, la muerte, la literatura, sirven de señuelo en este volumen. La verdad es que el libro fue escrito como una suerte de testamento literario, ya que un médico europeo le había asignado un máximo de diez años de vida, porque la cirrosis hepática lo estaba aniquilando. Esto y los sucesivos electroshocks lo van cercando.

*El viejo y el mar*, publicado primitivamente en la revista *Life*, recobró la imagen que el mundo literario quería tener siempre del novelista. La epopeya del viejo y el pez superaba los límites de la mera violencia individual en que Hemingway solía permanecer.

Vienen más tarde dos accidentes de aviación en los que todos le dieron por muerto. Una fotografía, en la que aparece con una botella de ginebra, riendo, muestra lo contrario. En 1954, el Premio Nobel. Confiesa que habría tenido un mayor placer si se le hubiese dado a Isak Dinesen (o Karel Blixen, autora de dos obras de ambiente africano que agradaban sobremanera a Hemingway: *Africa mía* y *Sombras en la hierba*), a Bernard Berenson, a Carl Sandburg o a Baroja.

Produce disturbios en Madrid —singularmente entre los partidarios del fallecido Manolete—, por la publicación de unos reportajes en la revista *Life*, con el título de *El verano violento*, acerca de la temporada taurina de Dominguín y Ordóñez.

Y la vida dinámica, violenta, sin reposo, de Hemingway se cierra, como se cierra el libro de su hermano Leicester, con esto:

“La mañana siguiente, alrededor de las siete, tomó la última gran decisión de su vida. Como un samurai al sentirse deshonrado por la palabra o la proeza de otra persona, Ernest tuvo la sensación de que su propio cuerpo le había hecho traición. Antes que permitir que siguiera traicionándole por más tiempo, a él, que durante su existencia había entregado a tantas criaturas vivas, lo que en una ocasión describió como el regalo de la muerte, cargó el arma que tenía en la mano. Acto seguido, se inclinó hacia adelante, colocó la culata de su escopeta favorita en el suelo del salón y halló la manera de disparar los gatillos del arma”.

ALFONSO CALDERÓN

*La Evolución de la Crítica Literaria en Chile*, de JOHN P. DYSON.

Editorial Universitaria, Santiago, 1965

Empeñado en buscar un método para tratar el asunto de su libro, John P. Dyson, emplea el de los linajes, el cual consiste en distribuir a los críticos